

Los forasteros

por AYALDE

Hace unos años escribí en vascuence un cuentecillo —que más bien es el relato de un momento vivido— el cual fue publicado en el semanario El Bidasoa (n.º 711, marzo 1959) bajo el título "Kanpotarrak". Lo vierto hoy al castellano para ofrecerlo a OARSO, sumándome así al esfuerzo de nuestra revista renteriana en pro de la convivencia y hermandad entre todos los hombres.



Un frío atardecer de otoño oí ladrar a los dos perros, a *Xarpa*, el viejo chueho del caserío, y a *Klimsch*, el guardián de nuestra morada.

Por aquel entonces el camino estaba casi siempre solitario, y más a la anochecida, pasada ya la época estival. Pensé que por la carretera llegaría algún vagabundo, quizás algún grupo de gitanos, porque tratándose de gente conocida o de aspecto corriente en el país, los perros no se habrían soliviantado.

Salí, pues, de casa a curiosear y me encontré con que no habían vagabundos ni gitanos, sino una humilde familia que se acercaba lenta y fatigosamente al caserío. El hombre, menudo y flaco, iba cargado con un gran saco y una maleta de madera. La mujer llevaba un niño entre los brazos; completaban la familia dos niños más, que llegaban algo rezagados. Me acerqué a ellos y les pregunté si necesitaban algo.

—Sólo queremos descansar aquí un momento. ¿Está lejos el pueblo?

Les informé que lo tenían cerca. La mujer me dijo:

—Vamos allí para pasar la noche, yo y los niños en el hospital. Tenemos permiso del alcalde.

—Y, ¿su marido?

—Este dormirá al raso junto a la fábrica; ¿sabe usted?, pronto le van a dar trabajo en la Papelera.

Eran de Segovia. Hacía sólo ocho días que la mujer había parido en su país el hijo que llevaba en brazos. El hombre me preguntó si sería posible dejar el saco y la maleta en aquel caserío durante unos días.

—No lo sé. Preguntaremos a los dueños.

Llamé varias veces a la puerta, pero nadie contestaba. Al fin vislumbré la figura de una muchacha que desde una ventana acechaba disimuladamente. Conseguí su atención y con ello que se abriera la puerta del caserío. Una luz morte-

cina alumbraba el establo que despedía un vaho caliente y oloroso y en el que se veían las cabezas de las vacas que tragaban hierba afanosamente.

Apareció el dueño, luego la *echekoandre* y después las hijas.

—Sí, sí —dijo el amo, —ya pueden dejar todo eso aquí, en este rincón que está limpio y curioso; aquí estará bien seguro, nadie lo tocará. Pero no se queden ahí fuera, pasen adentro, que el tiempo ha refrescado.

Entramos todos. Las vacas dejaron un breve momento de zampar la *maska* para mirarnos; enseguida se desentendieron de nosotros para continuar su grata faena.

El forastero dejó el saco en el lugar señalado, pero en el momento de dejar la maleta quedó indeciso:

—¿Sabe usted?, contiene cosas de algún valor...

—No tema nada, no se lo tocarán, puede confiar. Pero si tiene en ella algún dinero...

—Ni en la maleta ni en el bolsillo tengo una peseta.

Mientras tanto la mujer mostraba a las caseras el recién nacido.

—¿Sólo ocho días tiene, eh? —decía la *echekoandre*.

—Gaxua, gaxua, tan chiquito y tener que andar así.

—Gaxua, gaxua, —repetían las chicas.

La mujer forastera nos contó cómo la tarde pasada fueron a acampar cerca de una cantera para hacer noche. Pero al acostarse ella sintió un miedo terrible. De la arboleda cercana se oían ruidos, gritos de pajarracos y de alimañas. Ella temía que, al dormirse, alguna rata o cualquier otro bicho mordiera a su criatura. Al fin decidieron dirigirse al pueblo y solicitar asilo a la autoridad. Se lo concedieron, pero no para el marido.

—¡Bah! —comentó éste. —Yo, con mi manta, me tumbo en cualquier sitio y me duermo como un tronco, estoy acostumbado.

—Pero lo peor —siguió la mujer— fue lo de la leche.

—¿Cómo?

—Sí, lo que nos pasó ayer con la leche que teníamos para el niño. Al marcharnos de la cantera se me cayó la botella y se rompió. Ahora no tengo ni una gota para darle al infeliz. Está muerto de hambre. ¡Hijo de mi alma!

Todos nos quedamos callados. Sólo se oía en el establo

el llanto del chiquillo y el continuo *rau, rau, rau* de las bestias tragonas.

Las mujeres miraban al dueño como implorándole algo, pero éste se puso serio y no soltó prenda. Yo estuve a punto de decirle: «Hala hombre, deles un litro de leche, que yo lo pagaré.» Pero por no ponerle en un compromiso y, sobre todo, por no avergonzar a las mujeres, yo también callé.

Llegó la noche. Los forasteros, dejando en la cuadra el saco y la maleta, se fueron al pueblo. Yo tomé el camino de la ciudad, mas no iba contento ni tranquilo. «¡Ah! —me decía— qué mal nos hemos portado hoy todos con esa pobre gente. El dueño ha estado egoísta, agarrado, duro de corazón. Las mujeres, unas cobardes. Y yo... no sé, no sé, pero hoy no hemos cumplido como cristianos.»

• • •

Algunos días después volví de nuevo a aquel caserío. Allí seguían el saco y la maleta. El amo me informó que los segovianos acudían con frecuencia al caserío. Parecía buena

gente. La mujer era lista y limpia (los caseros se fijan mucho en este último detalle).

—Y fuerte también tiene que ser —añadí yo. —Mire que dar a luz en su tierra y, sin tiempo de reponerse, venirse por aquí para llevar una vida tan dura...

Bueno, esa historia no parece ser del todo cierta. Según nos hemos enterado, la familia ya vivía en Rentería cuando les nació el último hijo. El se quedó poco después sin trabajo y vinieron a buscarlo aquí. Ahora duermen todos en el hospital, incluso el marido.

—Pues me alegro. Ahora le voy a hacer una pregunta... Dígame, Permin: ¿Esa familia encuentra ya leche para el niño? ¿Se la da el hospital?

El casero quedó algo turbado. Al fin me respondió despacio, mientras acariciaba el testuz de uno de los animales:

—No, en el hospital no, Pero leche... leche ya no les falta.

Menos mal —pensé reconfortado— ya veo que las mujeres de la casa han laborado y han triunfado.

“Txirrita’rekin” izketan

—Nola ordea? —galdetuko du norbaitek.

Gaur gauz arrigarri asko gertatzen dira; ain aurreratuak bizi gera... «Tels-tar», tramankulu orren bitartez orain berriro izketaldi auxa izana degu:

(Zeruan abots bat entzuten da).

—«Txirrita», zure galdez dira Errenderi aldetik!

—Errenderi'tik? Milla demonio, zer nai ote dute nere erri xarrean?

—Ernaniarra ez al zera ba?

—Sortzez bai, Lujanbio Retegi'tar Jose Manuel, Ernani'n jaio zan; bañan, «Txirrita» izena nundik artu nuen? San Markos mendia'ren babesean dagon baserri ederretik; bai jaunak, nere urterik geienak an pasa bai nitun...

—Beraz, errenderiarra ba-zifian bezela?

—Nik, bi erriak maite dizkiat: Er-

nani ta Errenderi. Ez al aiz oroitzen zuen erri ortan guda aurretik egin zidaten omenaldiaz?

—Oroituko ez naiz bada? Esku-makil eder askoa eskeñi genizun.

—Bai, Altxa'ko «Gazteluene'n», nere illoba'ren baserrian antxe zegok gordeta.

—Zer modu bizi zerate or?

—Emen? ondo motel, emen ondo; zuek or baño obeto.

—Bertso saiorik izaten al dezute or goi ortan?

—Egingo ez dizkiagu ba? San Markos mendipeko bertsolari yayoek emen biltzen gaituk: Musarro, Tellei-txiki, Txintxua, Zabaleta, nere lengusu Saiburu eta Xenpelar aundia ere. Guri entzuten egoten dan apaiz batek ala esaten dik: Errenderi, bertsolari kabi.

—Txapelketak ere izango dituzute, ezta?

—Baita ere, gizona. Zubimendi jatorra gurekin degula, nola ez?

—Izan ere...

—Adi zak, gauza bat esan nai nikek.

—Esan ba, esan.

—Urte gutxi barru Xenpelar aundia jaio zala eun urte osatzen dituk, eta uste diat, nik orrelako omenaldiak merezi ba ditut, onek aundiagoak merezi ditula, eta etzeratela noski aztuko. Emen ere ez dakik arek nolako gradua dun.

—Izan ere, aren gizatasuna eta aren bertsoak...

—Pakea'ren aldeko monumentu'ren batean, aren bertsoak izki aundiz, mundu guztiak jakin dezan, ipiñi bear lizkitetek:

*Ni ez naiz gerraren zale,
baizik pakearen alde:
zeñek nai duen galde,
berari tira dale:
bala bat sartu buruan,
aspertuko da orduan.*

*Umildadean alkarri
errespetua ekarri,
lege eder bat jarri
bizi gaitezen garbi:
ori deseo nuke nik
ixuri gabe odolik.*

—Egia diozu, «Txirrita».

—Bai noski.

—Beste gauza bat. Liburu batean irakurri dedanez, eriotz'en bat egindako ijito bati, bere egintza txarra bertsotan arpegira bota zeniolako andik laister il omen zan, egia al da?

—Egia dek, bai; bañan emen zebillek eta eskerrak ematen zizkidak; nik ura esan da, damutasuna sortu bai nion...

Eta ontan, bat-batean, «Telstar» urrutiratu zan eta alkar-izketa amaitu.

AÑARBE



“Txirrita'ren” baserria